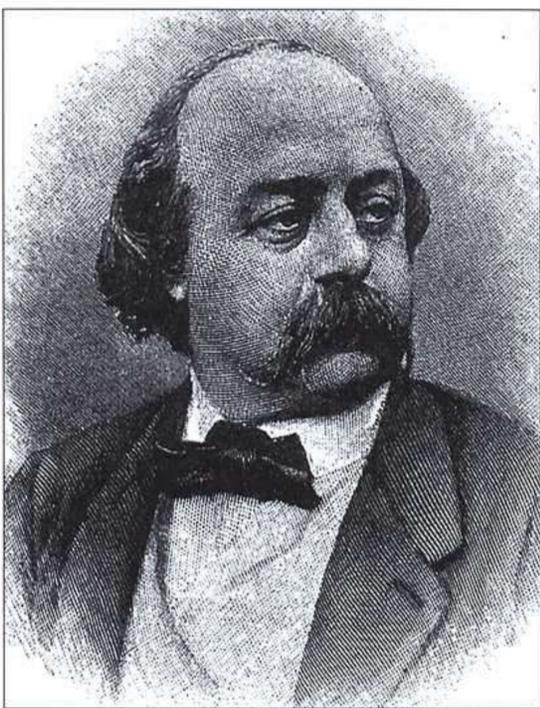


La biblioteca de Bouvard y Pécuchet

Emilio Pascual*

**BOUVART
Y PÉCUCHET**

PRIMERA EDICIÓN: 1881



**GUSTAVE FLAUBERT
(1821-1880)**

El 20 de enero de 1839, François-Denys-Bartholomée Bouvard recibió una carta que pudo haber alterado el rumbo predecible de la historia de la civilización. Monsieur Tardivel, notario de Savigny-en-Septaine, le anunciaba que un tío remoto, del que sólo conservaba un vago recuerdo y un retrato al óleo, había resultado ser su padre: acababa de morir y en su testamento le dejaba una buena parte de su fortuna.

Bouvard era viudo y sin hijos. (Sería más preciso decir que su mujer desapareció con la caja a los seis meses de casados y nunca más se supo de ella). Tenía cuarenta y siete años y un amigo de la misma edad: Juste-Romain-Cyrille Pécuchet. La holganza de un domingo, unida a la tristeza de un día de verano, los llevó a sentarse en el mismo banco. Quiso el azar que ambos llevaran sus nombres escritos en el sombrero y en la gorra: la conversación hizo el resto. Desde aquel día se hicieron inseparables.

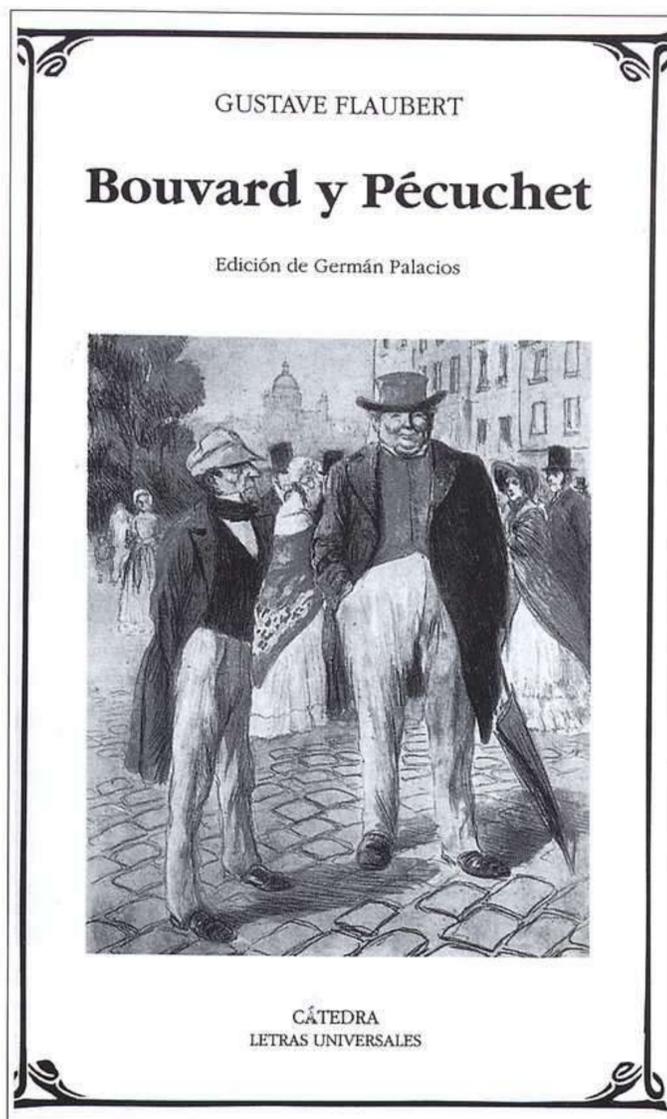
Pécuchet era soltero. (Puntualiza el cronista que no había sido por falta de pasiones, pues anduvo «enamorado sucesivamente de una volatinera, de la cuñada de un arquitecto, de una vendedora, y finalmente de una lavanderita: y ya se iba a celebrar la boda cuando descubrió que estaba embarazada de otro»; lo cierto es que a sus cuarenta y siete años seguía virgen y lo seguiría a los cincuenta y dos). Sus puntos de vista polí-

ticos coincidían sustancialmente, aunque Bouvard era un poco más liberal y detestaba a los jesuitas. Y, si bien el uno era discreto, reservado, ahorrador, mientras el otro era más bien confiado, distraído y generoso, pronto los adjetivos comenzaron a contaminarse y confundirse.

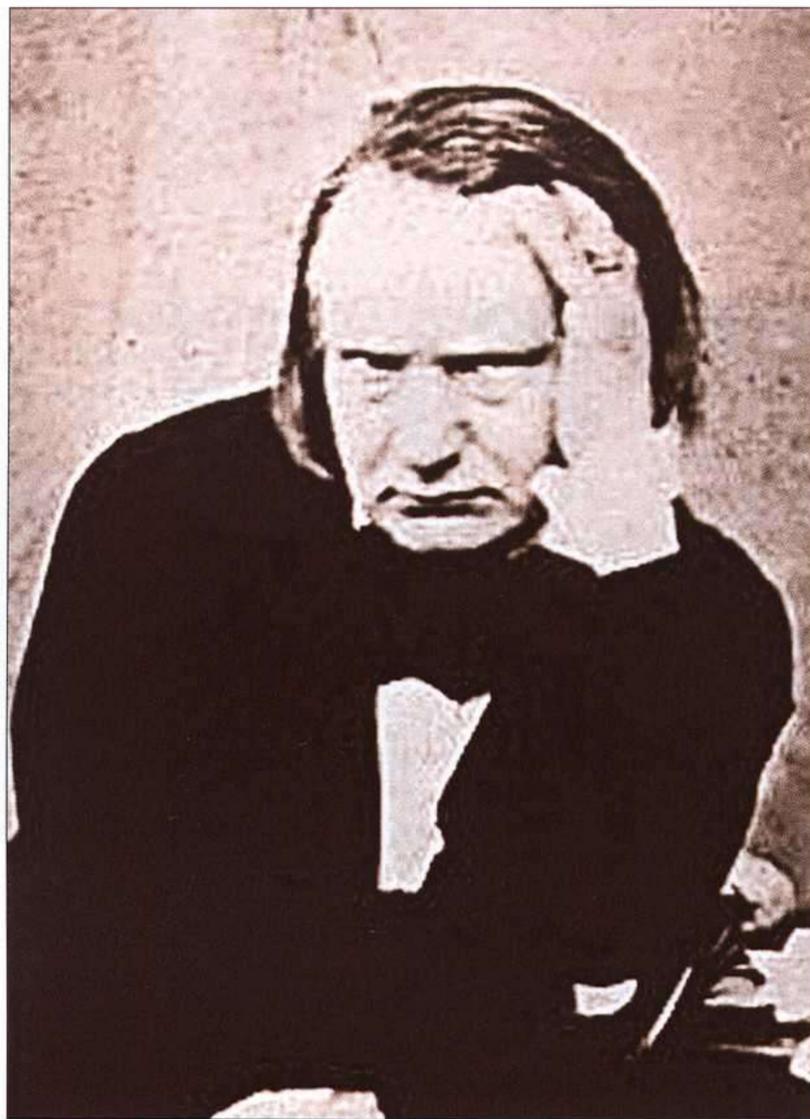
Ansias de saber

Ambos eran copistas y calígrafos. De pronto descubrieron su sed de conocimiento y el hastío que les causaba la oficina. Comprobaron también con cierto asombro que el aumento de ideas acrecentaba sus sufrimientos. (No en vano el viejo *Qohelet* había dicho que a más sabiduría más pesadumbre y que quien añade ciencia añade dolor). Alguna vez soñaron con averiguar el número exacto de volúmenes que guardaba la Biblioteca Nacional. La herencia inesperada ordenó las cosas de modo que pudieran colmar sus ansias de saber y de aventuras.

Empezaron por comprar una granja en Chavignolles. Ardua resultó la elección de cada uno de los libros que compondrían la biblioteca: ante cada ejemplar surgía la duda de si era realmente «un libro de biblioteca». Bouvard, más expeditivo, decidió que no la necesitaban, y entonces Pécuchet optó por trasladar la



En las lecturas de *Bouvard y Pécuchet* entraba todo, desde manuales de agricultura o salud a novela. Entre ellas, las de Victor Hugo.



suya. Fue destinada a biblioteca la última habitación del primer piso, con las modificaciones que impondría el transcurso del tiempo y de intereses: «guardaba los antiguos libros traídos de París y los que, al llegar, habían descubierto en un armario». Entre los primeros estaban sin duda los volúmenes de la *Enciclopedia Roret*, y es de suponer que también el *Manual del magnetizador*, un Fénelon² y el resto de los libros que Pécuchet había amontonado en su domicilio de la calle Saint-Martin. Los del armario habían pertenecido a «un viejo jurisconsulto maniático y cultivado»: se pudieron encontrar «muchas novelas y obras de teatro, con un Montesquieu y traducciones de Horacio», posiblemente un Tácito y la obra de Beaufort sobre la historia romana.

Sin embargo, su primer impulso hacia las culturas campestres (la agri-, la horti-, la arbori-) los obligaron a renovar sus conocimientos y adquirir nuevos manuales. Desempolvieron los cuatro volúmenes de *La casa rústica*, pidieron los cursos de Gasparin y se suscribieron a un periódico de agricultura; leyeron a Franklin, Riéfel y Rigaud; observaron que Puvis y Roret sustentaban juicios opuestos respecto del uso de la marga; advirtieron las contradicciones existen-

tes entre Leclerc y Gasparin sobre barbechos, entre Tull y el mayor Beetson en materia de abonos y labrantíos; para comprender los signos del tiempo (¿de los tiempos?) estudiaron las nubes según la clasificación de Luke-Howard. En un momento de desánimo y despecho vino a confortarlos *El arquitecto de los jardines*, de Boitard.

Un estrepitoso fracaso con el alambique los situó al borde del infortunio supremo. Reconocieron su desconocimiento de la química, que los indujo a procurarse el curso de Regnault. Como se revelara harto dificultoso, recurrieron a la obra, más asequible, de Girardin. La curiosidad por la anatomía los empujó hasta el manual de Alexandre Lauth y el *Diccionario de las ciencias médicas*. También aprendieron a «sufrir por la ciencia». Siguieron comprando libros. Le había tocado el turno a la fisiología, y un *bouquiniste* de Bayeux les proporcionó los célebres tratados de Richerand y de Adelon. Consultaron a Vauquelin, Kiell y Borelli, para acabar concluyendo, con el viejo dicho, que «la fisiología es la novela de la medicina».

Seducidos «por la claridad de la exposición» del *Manual de la salud* de François Raspail, se iniciaron en el arte de curar. Pero la lectura de Van Helmont,

Boerhave y Broussais acabó trastornándoles el seso. Acudieron al *Manual de higiene* del doctor Morin, pero no encontraron alimento sin inconvenientes ni vetos sin defensores. El tabaco y el café que Morin anatematizaba lo bendecían Decker o Becquerel. Si hasta allí habían creído en la insalubridad de los lugares húmedos, Casper los declaraba menos nocivos que los otros; si consideraban perjudicial lanzarse al agua sin haberse refrescado previamente, Bégin ordenaba lo contrario; si un vaso de vino tras la sopa pasaba por ser excelente para el estómago, Lévy lo acusaba de estropear los dientes.

Tras una copiosa cena vengadora de todos los manuales higiénicos y sanitarios —sahumada de tabaco, regada con *champagne* y con café—, una mirada nostálgica a las estrellas los transportó hasta Buffon y *Las épocas de la naturaleza*. De ahí pasaron a las *Armonías*, de Bernardin de Saint-Pierre, y acabaron comprando la obra de Depping sobre las *Maravillas y bellezas de la naturaleza en Francia*. En el vértice opuesto, el microscopio los condujo a las *Cartas de Bertrand* con el *Discurso sobre las revoluciones del globo*, de Cuvier.

Emprendieron sus exploraciones geológicas al amparo de la *Guía del viajero*



De izquierda a derecha, George Sand, Fénelon y Racine.

geólogo, de Boné, matizado por el escepticismo de Omalius d'Halloy. A través de biografías y resúmenes se aproximaron a las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire y a las teorías de Elie de Beaumont. En su acaloramiento, Pécuchet se remitió al *Telliamed*, «un libro árabe». Acudieron al manual de Orbigny para investigar la causa y efecto de la aurora boreal.

La afición por la arqueología en general y por la civilización druida en particular, con una derivación hacia las porcelanas, les hizo pensar seriamente en aprender el hebreo, «la lengua madre del celta, si es que no deriva de él». Dedujeron que su posterior aburrimiento por la cerámica y el celtismo procedía de su ignorancia de la historia. Así, desempolvaban la obra de Anquetil, que se hallaba en la biblioteca; leyeron las cartas de Augustin Thierry, con dos volúmenes de Genoude; abordaron la colección de Buchez y Roux; recurrieron a Thiers. «Esto ocurría en el verano de 1845, en el jardín, bajo el cenador. Pécuchet con los pies descansando en un banquillo, leía con toda la fuerza de su voz cavernosa, sin cansar, no deteniéndose más que para meter los dedos en la tabaquera. Bouvard le escuchaba, con la pipa en la boca, las piernas abiertas, la bragueta desabrochada».

Leyeron a Thiers, a pesar de los errores que otrora había hallado Pécuchet; consiguieron las obras de Montgaillard, Prudhomme, Gallois, Lacretelle, etc., sin importarles sus contradicciones. Para evitar la pasión de la cercanía y proceder con un saludable distanciamiento, se remontaron a la historia antigua. «Y empezaron por el bueno de Rollin»; resolvieron los tomos del armario en busca de la historia romana de Beaufort; tornaron a Francia con Sismondi. Intentaron retener aquel laberinto de fechas, adoptando los sistemas mnemotécnicos que el profesor Dumouchel había encuadrado en un volumen en 12°. No dio resultado: «de la despreocupación por las fechas pasaron al desdén por los hechos. ¡Lo importante era la filosofía de la Historia!». Pero Bouvard no pudo acabar el célebre discurso de Bossuet, y Pécuchet le dio a leer la *Scienza Nuova* de Giambattista Vico. La insatisfacción creciente les sugirió la idea de escribir ellos mismos lo que no podían hallar en los demás. Y así, resolvieron redactar la vida del duque de Angoulême. Pasaron quince días en la Biblioteca municipal de Caen allegando material, hasta que comprendieron que una vida nunca está completa si se ocultan los *affaires de cœur*. Sólo entonces advirtieron la utilidad de la novela histórica, pues ya se sa-

be que «sin la imaginación, la historia es imperfecta».

Novela histórica, comedia, tragedia...

Instalados a ambos lados de la chimenea, cada uno con su libro entre las manos, empezaron por Walter Scott y siguieron con Dumas, que les divirtió «como una linterna mágica». La lectura de los dos maestros les volvió exigentes, y ya «no pudieron tolerar el fárrago de Belisario, la necedad de Numa Pompilio, de Marchangy, del vizconde de Arlincourt», el tono desvaído de Frédéric Soulié (como del bibliófilo Jacob) y algún anacronismo de Villemain. Por desgracia, pronto advirtieron que *Quintín Durward*, *Las dos Dianas*, *El paje del duque de Saboya*, *La dama de Montsoireau* o *La reina Margot* admitían inexactitudes históricas con total impudor. Y así, mientras Bouvard se pasaba con armas y bagajes a George Sand, Pécuchet se engolfaba en el teatro: «se tragó dos Faramond, tres Clodoveos, cuatro Carlomagnos, varios Felipe-Augustos, una muchedumbre de Juanas de Arco, y no pocas marquesas de Pompadour y conspiraciones de Cellamare. Casi todas las obras le parecieron más estúpidas

aún que las novelas». El entusiasmo de Bouvard por G. Sand lo empujó a leer *Consuelo*, *Horace* y *Mauprat*, pero tanto socialismo y república les hurtaba el amor, y se zambulleron en *La nueva He-loísa*, *Delphine*, *Adolphe*, *Ourika*. ¿Pero es que puede el mundo todo contenerse en los límites del corazón? Tantearon la novela humorística con *El viaje alrededor de mi cuarto*, de Xavier de Maistre, o *Bajo los tilos*, de Alphonse Karr. Se sumergieron en Balzac, que los maravilló a la vez «como una Babilonia y como granos de polvo bajo el microscopio».

El deseo de instruirse de Bouvard y su afán por conocer las costumbres lo hizo descender hasta Paul de Koch. Pero «Pécuchet, inclinado a lo ideal, hizo girar insensiblemente a Bouvard hacia la tragedia». Recitaron el sueño de la *Atalia* de Racine, se aprendieron de memoria los diálogos más famosos de Racine y de Voltaire. Bouvard gritaba de dolor en el *Filoctetes* de La Harpe, hipaba en la *Gabrielle de Vergy* de Pierre Laurent de Belloy, e intentó reproducir el silbido del áspid en la *Cleopatra* de Marmontel: el efecto fallido les hizo estallar en carcajadas y decayó su aprecio por la tragedia. Pasaron a la comedia, «que es la es-

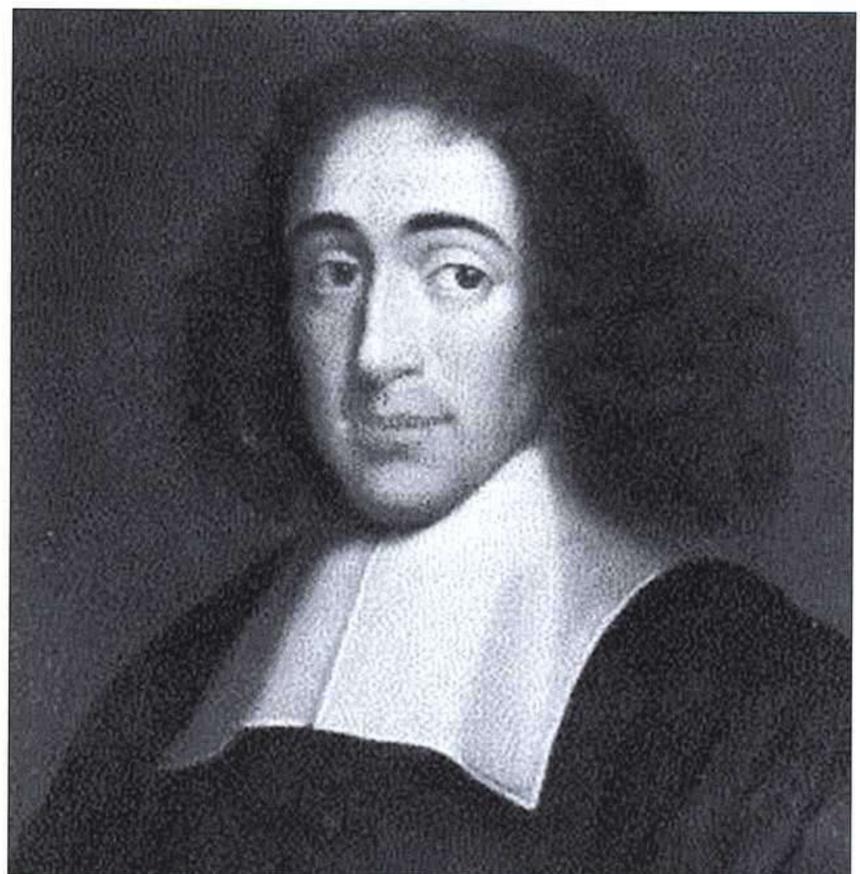
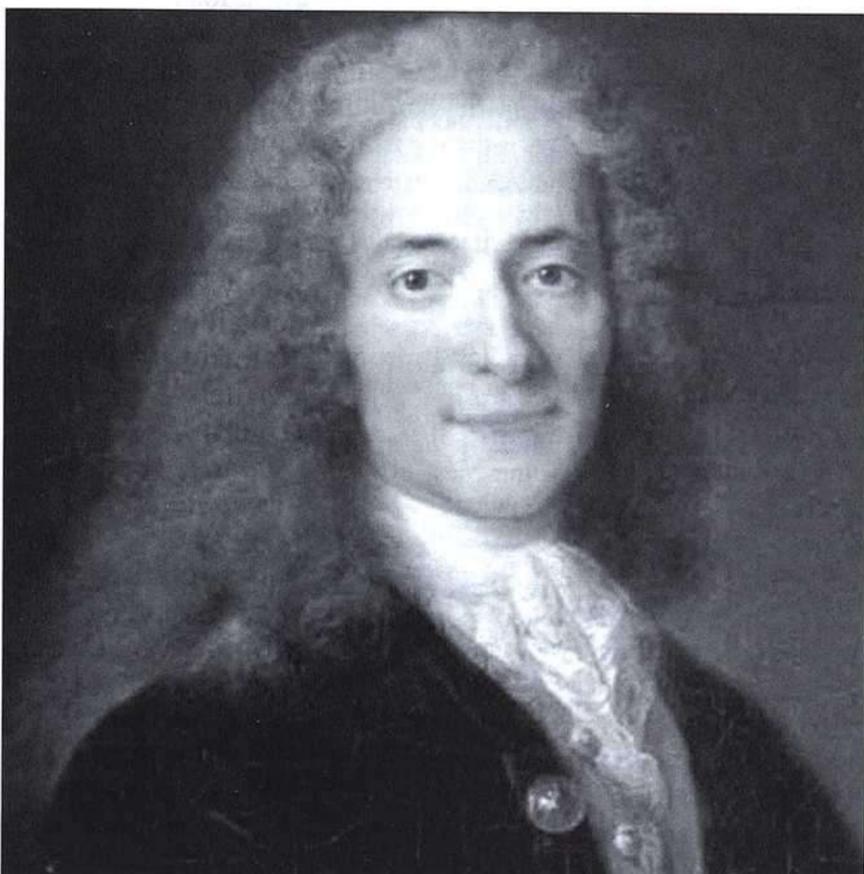
cuela de los matices». Pero quizá Molière fuera demasiado sutil para aficionados, y fracasaron con los personajes de *El misántropo* y *El amor médico*. Por lo demás, «apenas notaban diferencia entre Victor Hugo, Dumas y Bouchardy». Unos versos de *Hernani* estuvieron a punto de obrar un milagro de amor, pues ya se sabe que «el arte, en ciertas ocasiones, conmueve los espíritus mediocres, y sus intérpretes más torpes pueden revelarnos otros mundos». Pero su deseo de escribir una obra fracasó, a pesar de haber estudiado la *Práctica del teatro* de Aubignac. ¿Cómo se puede escribir un verso cuando los gramáticos no se ponen de acuerdo ni en la ortografía? No salieron adelante ni tras haber filosofado sobre lo bello y lo sublime.³

Política, economía, gimnasia, filosofía...

La proclamación de la República de 1848 los pilló desprevenidos y sin pasto intelectual. Anduvieron documentándose sobre el sufragio universal, el derecho de intervención,⁴ las teorías del derecho divino y otras soberanías... Acabaron le-

yendo *El contrato social* de Rousseau⁵ y se hicieron con el *Examen del socialismo* de Morant. De ahí pasaron a Fourier y al mundo armónico de sus falansterios: al ver la teoría de que «toda mujer, si le interesa, posee tres hombres: el marido, el amante, y el progenitor» y que «para los solteros se instituyen las bayaderas», Bouvard afirmó sin dudar: «¡Eso me conviene!». De Saint-Simon y Fourier saltaron a Louis Blanc, a Lafarelle, a Proudhon; a Étienne Cabet y a Pierre Laroux, socialistas utópicos; a Augusto Comte. Admitieron su desconocimiento de la economía política. Pero no les dio tiempo a sumergirse en la nueva ciencia, porque el 3 de diciembre de 1851 se disolvió la Cámara, y fue elegido Luis Bonaparte. Tengo para mí que su «decepción política» fue síntoma más de realismo que de insania. Pero a su desengaño de la política, siguió el desengaño amoroso, que dejó como reliquias una letanía de injurias y una enfermedad venérea.

Quisieron «mejorar su temperamento por medio de la gimnasia», y para ello adquirieron el manual de Amorós.⁶ Una caída sobre las judías y otros tropiezos los convencieron de que la gimnasia no era conveniente para los hombres de su



Voltaire (izquierda) y Spinoza.

edad.⁷ Se pasaron al espiritismo. Alimentados de manuales, repasaron la *Guía del magnetizador* de Montcabère y el manual de Puységur.⁸ Un tesoro incierto los convirtió en incipientes zahoríes. Derivaciones sobre la materia y el espíritu, el alma y Dios, los llevaron hasta Voltaire, Bossuet, Fénelon, e incluso a la *Ética* de Spinoza. Demasiado pan para tan pocos dientes, y más sabiendo que a Pécuchet le faltaban los colmillos. Tuvaron que conformarse con el *Curso de Filosofía* para estudiantes, de Guesnier. Pero tras recorrer los índices de varios volúmenes se hartaron de filósofos y llegaron a la conclusión de que «la metafísica no sirve para nada». Sólo la cruda realidad de su economía descendente los curaba de cierto escepticismo.

«El único problema filosófico verdaderamente serio es el del suicidio», escribiría Albert Camus más de un siglo después. Bouvard y Pécuchet empezaron a analizar el problema del suicidio tras el descubrimiento del cadáver de un perro en descomposición. Un 24 de diciembre por la noche se pusieron la soga, o el cable, al cuello. A punto de balancearse en el aire, recordaron que no habían hecho testamento: ese recuerdo, y el fulgor de la misa del gallo, los libró de la muerte y los encaminó a las páginas de la Biblia. Leyeron a los místicos españoles, y hasta un *Manual del seminarista* que les prestó el párroco, el *Examen del cristianismo*, de Louis Hervieu, y el *Catecismo de la perseverancia*, del padre Gaume, que a Bouvard le aburrió solemnemente.

¿Camino a la locura?

Una discusión irresistible con el párroco los apartó de las páginas piadosas. La aparición de dos hermanos abandonados, hijos de un presidiario y condenados al reformatorio y al convento, los invitó a adoptarlos. Quizá influidos por reminiscencias del *Emilio* de Rousseau, se sumergieron en la cuestión, siempre palpitante y nunca alcanzada, de la educación. Adquirieron varios tratados de educación, pero también de frenología. Había que enseñarles a leer y escribir, biología, estilo epistolar; seleccionar sus lecturas, como había hecho Rousseau...



ÉDOUARD FRÈRE, EL TALISMÁN, DE WALTER SCOTT, ANAYA, 1996.

Sus ideas sobre la instrucción primaria no fueron bien acogidas, la educación resultó un fracaso. Pero «¿qué prueba un fracaso?... Pensaron establecer clases para adultos». Empezaron a preparar una conferencia para exponer sus ideas.

La carta que Bouvard recibió el 20 de enero de 1839 pudo haber revolucionado el rumbo predecible de las cosas. No parece que el siglo apreciara en lo que valía su noble tormento de instruirse. Desconocemos el contenido de aquella conferencia y el final de las andanzas de Bouvard y Pécuchet así como el número y los títulos de los libros que aún habrían de engrosar tan vasta como enciclopédica biblioteca: su historiador murió de una apoplejía en 1880. Sólo sabemos que su biblioteca «era famosa» entre los lugareños, y aun estaban suscritos a una biblioteca circulante. También, que «su manera de vivir, que no era como la de los demás, no les gustaba. Se hicieron sospechosos e incluso inspiraban un vago terror». Las notas halladas entre los papeles del biógrafo permiten conjeturar que las honradas autoridades de Chavignolles intentaron encerrarlos en un manicomio. Más piadoso o más desesperado, parece que pensó devolverlos a su pupitre de copistas, donde nunca sabremos si para recobrar la razón o para volverse definitivamente locos.

Semel in anno licet insanire! Si es lícito ser loco una vez al año, ¿por qué no una vez en la vida? En su época de pretendientes a versificadores, y tras haber consultado el Littré, Bouvard y Pécuchet concluyeron que «la sintaxis es una fantasía, la gramática una ilusión». «República de viento», llamó Bocángel a este mundo. ¿Puede llamarse locos, o siquiera imbéciles, a quienes llegaron a conclusión tan cuerda? ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Andando el tiempo —advierte su biógrafo— «Bouvard, espíritu liberal y corazón sensible, sería constitucional, girondino, termidoriano. Pécuchet, bilioso y de tendencias autoritarias, se declararía *sans-culotte* y hasta robespierrista».
2. Cabe suponer que se trataría de *Les aventures de Télémaque*. Si lo había leído la Sofía de Rousseau, ¿no iba a haberlo leído Pécuchet?
3. Bouvard, amparado en una definición de urgencia —«lo Bello es lo Bello, y lo Sublime lo muy bello», no sabía «cómo distinguirlos». Quizá Longino —cuyo tratado debió de andar por la biblioteca— se hubiera ruborizado cuando escribió que «lo sublime es el eco de un espíritu noble» (*Sobre lo sublime*, 9,2).
4. Por imposibilidad cronológica no llegaron a conocer el pensamiento ilustrado de Bush II.
5. Pero cuando leyeron que «las ciencias han echado a perder al género humano, [que] el teatro es corruptor, el dinero funesto, y el Estado debe imponer una religión bajo pena de muerte», exclamaron a dúo: «¡Pues vaya con el pontífice de la democracia!».
6. El coronel Francisco Amorós y Ondeano (1770-1848) era valenciano y sería «afrancesado». Su biblioteca, no imaginaria, daría para otra noticia más extensa. Influido por Rousseau y Pestalozzi, fue uno de los creadores del Real Instituto Militar Pestalozziano de Madrid (1805-1808) para instrucción de reclutas. Con la invasión napoleónica se decantó por José Bonaparte, del que llegó a ser consejero. Tras la derrota de Napoleón, se exilió a París, donde trasladó sus métodos, que fueron bendecidos por el propio ministro de la guerra. En 1830, publicó un *Manuel d'éducation physique, de gymnastique et de moral*, en dos volúmenes, el mismo que leyeron Bouvard y Pécuchet.
7. Escribe Borges: «Los protagonistas tienen sesenta y ocho años cuando se entregan a la gimnasia, el mismo año en que Pécuchet descubre el amor». Y la sífilis. Pero no eran tan viejos: sólo estaban bordeando los sesenta.
8. Es evidente que Armand-Marc-Jacques de Chastenay, marqués de Puységur (1752-1825), no alcanzó a leer *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey, publicado en 1827. Su manual de magnetismo se titulaba *Del magnetismo animal considerado en sus relaciones con las diversas ramas de la física general*. Los ecos de los títulos, como los caminos de Dios, son inescrutables.